

á éste: «mira, aquel es compañero de Martinica» y con efecto lo acerté.

—Es verdad, contestó Diminuto; sin embargo, si Vds. no me hablan, no les hubiera conocido, porque los he visto muy pocas veces.

—Algunas hemos ido á casa de la marquesa desde que está allí Martinica; y á propósito: V. nos hará el favor de decir si esa pobre chica es feliz, si está contenta; ella que no estaba acostumbrada á servir, acaso la sea penoso ese deber imprescindible que impone la servidumbre.

—Yo creo que sí; por lo menos, siempre la encuentro alegre, es una criatura angelical.

—Y díganos V., continuó Andrés: ¿qué tal familia es esa? ¿tienen buen genio? ¿son buenos?... ¿es una casa de honor?... porque francamente, á Martinica la queremos como á una hermana y no nos gustaria que permaneciese en una casa que no fuese de costumbres y de moralidad intachables.

—¡Oh! en cuanto á eso, ella les dirá..... balbuceó Diminuto, no teniendo confianza con ellos para decir la verdad y no atreviéndose por otra parte á engañarles, asegurando una falsedad.

—Sí, sí; ¡buena es ella!... sufrirá cuanto hay que sufrir antes de quejarse. En eso se parece á la pobre Renata, que la está matando ese maldito fraile á disgustos y no dice una palabra.

Estas palabras fueron dichas con intencion por Federico, esperando con ellas interesar á Diminuto, haciéndole mas franco y comunicativo. Lo cual consiguió, porque el antiguo criado de Alvarez Leal iba á preguntarles, cuando se lo impidieron los compañeros de los hijos de Marciana, que se levantaban para marcharse.

—¿Os venís? les preguntaron.

—No, contestó Andrés; aun permaneceremos un ratito con este amigo, dando tiempo á que venga un sugeto á quien esperamos.

—Pues adios, amigos; hasta mañana.

—Buenas noches, contestaron todos.

Apenas, quedando los tres solos, se acomodaron en la mesa, les preguntó Diminuto con impaciencia:

—Han hablado Vds. de una Renata y quisiera saber si es la que habita con D. Severo Pintarroja, pasando por sobrina suya.

—La misma, que vive en la calle de Embajadores, en nuestra misma casa.

—¡Qué felicidad!... murmuró el criado.

—Si V. la quiere ver, añadió Federico, todas las noches baja á jugar con nosotros á la lotería.

—Me alegraré muchísimo; y crean Vds. que solamente ella me trae á estas horas por aquí buscando á un sugeto que creo la conoce.

—Quizá sea el mismo á quien nosotros esperamos, porque es idéntica la causa, dijo Andrés.

—Vamos á ver; seamos francos, dijo Federico: nosotros creemos que esa desgraciada niña pertenece á una familia que murió del cólera el año 34, y venimos buscando á Tragabombas, D. Tadeo Rompelanzas, para que nos informe, porque él debe estar en el secreto.

—Exactamente la misma comision que yo traigo aquí; aumentada con un encargo de mi señora, que quiere hablar mañana por la noche á ese sugeto.

—Entonces, puesto que nuestro interés es el mismo, corre de nuestra cuenta el interrogarle.

—Sí; pero á mí ya me conoce, dijo Diminuto.

—Diremos que somos amigos; V. déjese guiar y no tema.

—¿Y el encargo de mi señora?

—Desatendido por esta noche; dígala V. cualquier mentira, añadió Federico.

—¡Silencio! repuso Andrés; ya está aquí Tragabombas.

Todos callaron. En la puerta se presentó D. Tadeo, no con el traje de levita que tenia en la sala del juego, sino vestido de majo.

CAPÍTULO IV.

Continúa el anterior.



OR el portal atravesaron los jugadores con dirección á la calle; iba el último D. Júdas, que entró en la taberna detrás de Tragabombas.

El negro, al verle, se levantó, en tanto se acercó Tadeo á la mesa en que estaban los ebanistas, y saludando á Diminuto, exclamó:

—¡Hola! ¿Me esperabas?

—Sí, señor; hace un rato, contestó ofreciéndole una silla.

—No, repuso Tadeo rechazándola; vamos allá adentro.

—Siéntese V. aquí y hablaremos; estos señores son amigos y están enterados del asunto.

—¡Ya! no lo sabía, dijo sentándose y mirando frente á frente á los hijos de Marciana.

Federico, tomando la palabra, dijo con jovialidad:

—Todos somos amigos y compañeros, como hijos del pueblo y de la industria: así pues, para fraternizar convenientemente segun

corresponde á personas de nuestra clase, venga vino; bebámos y brindemos juntos, que yo pago.

—Corriente; así me gustan los hombres campechanos.... ¡Ea, Chupasangre!... envíanos unas botellas, gritó Tragabombas.

—Allá voy; aguárdate un poco, que estoy *entretenio* en hacer á estos chicos una referencia de mis próczas, dijo Juan Cortante sin moverse de donde estaba.

—¡Habrá pelma!... ¿y por contar á esos desdichados mil extravagancias y otras tantas mentiras, dejas á los parroquianos sin servir? contestó Tragabombas con mal humor.

—No le haga V. caso, señó Tadeo; porque ese, cuando habla de la degollina de los frailes, se *intusiasma* y no hay quien le resista; dejadle, pues aquí estoy yo para servir á sus mercedes; ¿qué se ofrece? dijo presentándose la muger del torero.

—¡Viva el garbo, tú eres una morena muy salada y vales mas que la catedral de Roma, la dijo Tragabombas requebrándola y desarrugando su ceño con la presencia de la rumbosa manola.

—¡Toma! ya lo creo, contestó ella muy satisfecha; como que por eso me llaman Juanilla la celestial.... ¿donde yo estoy no hay otra!... Eso lo sabe toítico el mundo.

—Y yo tambien, no te niego la primácia; como que tú eres la reina de las taberneras de Madrid.

—Y na mas!... pero, ¿qué se ofrece? estamos perdiendo el tiempo y la noche se vá pasando.

—Tienes razon, hermosa; pues mira, tráenos unas cuantas botellas, la dijo Federico.

—¿De cuáles, señor buen mozo?

—De las mejores; venga sin duelo Jerez, ron, marrasquino, toda la reserva de los amigos, y cóbrate con esa pelucona, contestó el interpelado echando sobre la mesa una onza de oro, que Juanilla se apresuró á recoger, metiéndola en los bolsillos de su delantal, y diciendo:

—¡Serán servidos!... ¡ea, muchacho! despavila y á subir de la cueva las botellas que hay apartadas en aquel cajon de la derecha.

Al decir esto, la tabernera sacudia con fuerza á un galleguillo que les servia de criado.

—¡Allá voy! ¡allá voy, mi ama!... murmuró el pobre chico levantándose y frotándose los ojos para despertarlos un poco del ténaz entumecimiento en que se hallaban por efecto del sueño.

Mientras esta escena, D. Júdas y el negro habian desaparecido; salieron al portal, mediando entre ellos este corto diálogo:

—Aquí está el dinero, D. Júdas; he cumplido mi palabra, ahora vengan los pagarés.

—Corriente: tómelos V., y buen provecho; nunca creí cobrar con tanta facilidad.

—Siga V. prestándoles cantidades; con las mismas condiciones, me quedo con todos los pagarés.

—Descuide V., que será servido.

—Buenas noches, dijo el negro guardándose los papeles y volviendo otra vez á ocupar su puesto en la mesa, escuchando la conversacion de los hijos de Marciana con Diminuto y Tragabombas.

Cuando él entró, la mesa estaba cubierta de botellas, y las libaciones se sucedian con frecuencia, entre brindis y chistes, procurando los tres á porfía hacer que Tadeo Rompelanzas se calentara un poco la cabeza y desatándose la lengua, cantara de plano lo que les convenia saber.

Empero, demasiado astuto para dejarse caer en el cebo, comprendió desde luego las intenciones de sus improvisados amigos y se contuvo, manteniéndose á la expectativa.

Federico reflexionaba, buscando un medio para llevar la conversacion al terreno que le convenia, y le encontró en las palabras de Juan Cortante, que seguia con su conversacion de los frailes.

—Pues, sí señor, decia,.... han de saber Vds. que el 17 de Julio no se me presentó delante ningun bribon de sotana que no fuese á contarle al otro mundo. ¡Sonsoniche! malas tripas tenia entonces Juan Cortante para dejar que los infames sopistas se riesen de la gracia.

—¡Oh! pues alguno quedó sano y salvo, y dispuesto á cometer mayores infamias que las que entonces hicieron, dijo Federico.

—Y que tiene V. razon; yo tambien sé de uno, digno de haber sido colgado en la torre de San Francisco; y sino, dígalo aquí D. Tadeo, que le conoce mejor que yo, replicó Diminuto.

—¿Habla V. del consabido?... exclamó Tragabombas rechazando la décima copa que le alargaba Andrés.

—Sí, señor; clarito, no me importa decir lo de D. Severo Pintarroja; pero ¿qué es eso? ¿no quiere V. mas? dijo Diminuto.

—¡Oh! no, señores, mil gracias; cuando se trata de ese fraile, quiero tener la cabeza despejada; por lo tanto, menos frecuentes los tragos y al avío, esplíquenme claro lo que quieren, porque no me gusta andar con circunloquios.

—Este bribon adivina nuestro pensamiento, dijo para sí Federico, comunicando por medio de la mirada esta observacion á su hermano y á Diminuto.

—Ya que aborda V. la cuestion de frente, le diremos con la misma franqueza, que nuestro objeto es indagar á todo trance y por cualquier precio el origen de Renata, esa desgraciada niña que el ex-fraile tiene en su casa, haciéndola pasar por su sobrina.

—Bien; ahora que se esplican con claridad, podremos entendernos; bebamos. Y diciendo esto, alargó una copa á los jóvenes, acaso con la idea de hacer con ellos lo que habian querido hacer con él.

—Venga, dijo Federico; nosotros no abrigamos el temor de que los vapores de Baco se suban á la cabeza.

—Ni yo tampoco; y en prueba de ello, brindo á su salud, exclamó apurando el vaso Tragabombas.

—Así me gusta; ¡magnífico! no se diga nunca que Tadeo Rompelanzas rechaza por miedo una botella, dijeron á un tiempo los dos jóvenes.

—Pero hablemos del asunto, señores, que el tiempo pasa, añadió el criado de la marquesa.

—Lo que hay que decir está esplicado en dos palabras, dijo Tragabombas soltando con ruido su vaso sobre la mesa.

—¿Y cuáles son? veamos.

—¿Cuánto me dan Vds. por el secreto?

Los jóvenes se miraron unos á otros, no habian previsto aquella salida.

—Estas son las dos palabras, continuó diciendo el maton; es un secreto de gran interés, del que yo hago una mercancía vendiéndole al mejor postor.

—¡Es V. buen comerciante!.... dijo Federico.

—Y por lo menos sus cálculos tienen el mérito de la exactitud, añadió Andrés.

—Y el de la franqueza, repuso Diminuto.

—Y el del egoismo; porque el señor Tadeo antepone siempre el *yo*; y primero *yo*, dijo el negro desde su asiento, fijando su mirada con altanería en el grupo que formaban las cuatro personas reunidas en torno de aquella mesa.

Al resonar tan repentinamente la voz del esclavo, todos se volvieron mirándole estupefactos.

Ninguno le conocía.

—¿Qué hace aquí ese espantajo, Juanilla? dijo el maton á la tabernera, que atravesaba la habitacion.

—¡Quién! exclamó ésta volviéndose vivamente.

—Aquel que tienes en esa mesa.

—¡Bah! exclamó la manola riéndose á carcajadas; yo pensé que era alguien, y es un negro.

—¿Y un negro no es nadie? exclamó éste con ira levantándose con mirada amenazadora.

—Por lo menos no es un hombre como los demás, contestó con mucha calma Juanilla.

—Ni tú una muger como las otras; y si no, ¿te acuerdas....?

Aquí el negro la dijo dos palabras al oído, que obraron en la manola una transformacion mágica, porque de burlona y satírica que antes estaba, se convirtió en humilde y adulatora.

—¡Perdone su mercé!.... exclamó; soy una aturdida.....

—Bien; pues silencio, y haz que despejen; quiero estar solo con los señores, dijo en tono imperativo señalando á la mesa donde se hallaban los jovenes y dirigiéndose con mucha calma hácia ella.

—¿Quién será este avestruz que ha intimidado á Juanilla? murmuró Tragabombas en voz baja, pero no sin que lo oyera el negro, que contestó:

—Este avestruz tiene el honor de decir al señor Tragabombas que si no modera su lenguaje, le podrá costar caro, y mucho mas en la crítica ocasion en que ha perdido la cartera verde con los documentos que contenia, la cual no tardará en obrar en poder de la justicia.

—¡Zurriago! esto sí que es mas negro que tu pellejo, exclamó Tragabombas empezando á incomodarse.

—¡Cuidado con lo que se dice!... yo no vengo aquí á recibir ni á inferir insultos; vengo á hacerte proposiciones sobre el mismo asunto que acaban de proponerte estos señores.

—¡Oiga! ¡apostamos á que esa niña es una princesa encantada!... no tiene pocos amigos.

—Y dispuestos todos á saber lo que se proponen de grado ó por fuerza; de todos modos estás en nuestro poder: primero por la cartera, que puede perderte; segundo, porque estás solo para cinco, ó mejor dicho, para seis, porque Juan Cortante obedece mis órdenes con la misma precision con que acaba de obedecerme su mujer, despidiendo á todos los bebedores y cerrando las puertas.

—¡Y que tiene V. razon!... ¡zurriago! esto es sério, dijo Tragabombas mirando á la pieza inmediata, donde efectivamente no habia quedado nadie.

Luego con una evolucion muy diestra se levantó, y sacando una enorme navajá, la abrió, recostándose contra la pared, y dijo:

—Veamos; si aquí son seis para uno, vayan viniendo.

El negro con una señal de inteligencia dió á conocer á los hijos de Marciana que estaba allí con orden superior de la condesa Blanca, por lo cual se pusieron estos en seguida á su favor.

—Señor Tragabombas, dijo el administrador sin inmutarse lo mas mínimo por la actitud de aquel; si á hacer uso de las armas fuéramos, no vale nada ese mondadientes para este estoque y para estas magníficas pistolas, que pueden en menos de un minuto me-



ter á V. dos balas dentro del cuerpo, dijo el negro poniéndolas sobre la mesa.

—Y como apéndice por si fallasen, aquí están estos cuatro cachorrillos, dijeron á un tiempo los dos jóvenes presentándolos.

Tragabombas no contestó una palabra: meditaba.

—Y al lado de las armas está el dinero; aquí tienes doscientas onzas, que serán la recompensa de la revelacion que de tí se exige; obra como te parezca: las balas ó el dinero.

Seguramente que el interés pudo mas que el temor en aquel corazón pervertido, pero enérgico y duro como una piedra. La vista del oro hizo variar el aspecto feroz de que su semblante se habia revestido.

Sonrió con cierta socarronería y dijo:

—Cuando me dan doscientas onzas por el secreto, algo mas vale; por lo tanto, séame permitido sacar el partido posible.

—Habla: ¿qué mas quieres? dijo el negro.

—Quinientas onzas y la cartera.

—No puede ser.

—Entonces me callo.

—Bien; eres muy dueño de callar hoy para hablar mañana.

—¿De qué modo? ¿quién me obligará?

—Muy sencillo; la justicia. Ese asunto irá á los tribunales; hay que quitarle la niña al fraile, y en la cartera tuya, que yo tengo, declaras haber sido depositario suyo; por lo tanto, te meten en chirona y te hacen hablar, sin que entonces recibas las doscientas onzas que puedo entregarte ahora mismo, sin que te espongas para nada.

—¿Canario! y que tiene V. razon; si me cojen, no es mal pensado.

—Por cogido; puesto que nosotros no te soltaremos.

—Veamos; ¡á ver quién se atreve á tocarme! exclamó enarbolando de nuevo su descomunal navaja y mirando al negro con inusitada fiereza.

El administrador habia dado tres golpes sobre la mesa, como si estuviera jugando con la pistola; pero en realidad fueron una seña;

porque aparecieron tres negros por la puerta del portal, que estaba á la espalda de Tragabombas, y se pusieron detrás de éste, lanzándose sobre él y sujetándole á un signo del administrador, que dijo al mismo tiempo:

—Ya estás cogido y desarmado; ahora elije: el dinero ó el calabozo. Mira qué hermosas son las peluconas, dá gusto verlas.

El maton pugnaba por desasirse de los brazos de hierro que con la mayor facilidad le habian desarmado, sujetándole dos por los brazos, y otro por las piernas, á las que habia enlazo un cordel.

—En vano es que luches; no tienes mas remedio que ponerte á nuestras órdenes, y te tendrá cuenta, porque quien te dá doscientas onzas, te dará otras tantas si te portas como corresponde á un hombre de honor.

—Corriente; pues haga V. que me suelten estos alanos, y cantaré de plano.

—No te impide hablar el estar sujeto.

—No quiero testigos; que se vayan.

—Son mudos; así, pues, no temas, ni gastes el tiempo inútilmente, porque ahora mismo te pongo una mordaza, y en el coche que tengo á la puerta te llevo al calabozo.

—Veo que no hay escape y me rindo.

—¿Sin lucha?

—Sin lucha, palabra de honor; que me suelten.

—Soltadle, dijo el negro, jefe de los otros; ya ves cómo no temo, añadió luego: siéntate y cuenta, si te place, ese oro.

—¿Pero definitivamente no añaden mas?

—Ni un maravedí.

—Está bien; ahora permítanme una pregunta: ¿cada uno de Vds. trabaja por cuenta propia?

—No; todos estamos á las órdenes de una misma persona.

—Luego será de la marquesa de Blancarosa; que á Diminuto le conozco por criado suyo.

—¡No por cierto! nada tiene que ver aquí la marquesa: ese es otro recurso que te queda para sacar partido.

—Me alegro; y murmuró para sí: ella, el fraile y estos, son

tres; ¡magnífico! no es mal negocio; hablemos y empezaremos por coger estas peluconas.

Apenas esta reflexion cruzó por su mente, se sentó delante de la mesa, se puso con mucha calma á contar el dinero con la misma tranquilidad que si se tratára de un negocio cualquiera.

Aprovechando aquel momento, el negro y los jóvenes cruzaron unas palabras en voz baja.

Sentados en la habitacion inmediata estaban Juan el torero y su muger; ésta le decía con la espresion del mayor terror:

—¡Oh! ¡no te quede duda!.... ese hombre puede perdernos, ¡todo lo sabe!

—¡Válgame Dios! ¡qué desgracia!.... ¡San Badulaque nos ampare! contestó el torero.



CAPITULO V.

Dos cartas.



EN tanto ocurrían en la taberna de Juan Cortante los sucesos que acabamos de referir, tenían lugar otras escenas de diversa índole en el palacio de Blancarosa.

La noche había continuado tempestuosa, reinando una oscuridad profunda en el jardín, lo cual valió mucho á Blanca, que pudo deslizarse hasta la habitación de Martinica sin que nadie la viera.

La jóven doncella la esperaba en el extremo de la galería, diciéndola, apenas la vió, que la marquesa no estaba en casa; pero que debía volver de un momento á otro, porque tenía pedida la cena para las once y acababan de dar en la Trinidad.

—Bien, la contestó Blanca; pues aprovecha su ausencia para colocar el retrato de mi madre en el sitio que le corresponde en la galería de retratos de familia; entretanto voy á ver á Tránsito, ¿estará sola?

—Sí, señora; acaso esté acostada ya.

—No importa.

Blanca salió atravesando las habitaciones de la marquesa, entró en las de sus hijas, dejó á un lado las de Cristina, y entró en las de Tránsito.

La jóven estaba sola; sentada en un silloncito, tenia delante un velador, sobre el cual habia des cartas abiertas.

La luz pálida y blanquecina de la lámpara que alumbraba la habitacion, reflejaba sobre la dulce y tímida figura de Tránsito, que medio envuelta en un peinador de batista guarnecido de encaje, permanecia abismada en una profunda meditacion.

Blanca apareció en la puerta que estaba á la espalda de la jóven, y pudo acercarse sin que la sintiera.

Vió las cartas que al parecer tanto preocupaban á la encantadora niña y se sonrió.

Hé aquí el contenido de ellas:

«Mi querida Tránsito: voy á desaparecer de tu lado, quizá de Madrid, quizá de Europa, y te dejo sola cuando un infortunio inmenso amenaza á tu familia. He descubierto un secreto horrible; un secreto que te voy á revelar aunque destroce tu corazon; pero ello es preciso; ármate de valor y escucha. El heredar tus padres el título y los bienes del marquesado que poseen, lo debieron á un crimen, al asesinato perpetrado por ellos del anterior marqués don Jorge Lopez Mendoza. Hoy el crimen está descubierto, las pruebas existen, y la justicia cierne sus alas protectoras sobre la cabeza de los culpables. La hora de la expiacion ha llegado, y tú, pobre ángel inocente, cándida y pura azucena que has florecido fragante en un árbol corrompido, sin que su hálito inmundo marchite tus blancas alas, ¿vas á sufrir cual ellos el anatema de la sociedad? ¿Va á caer sobre tu frente el negro baldon de la maldad y de la infamia? ¡Ah! sí, segun las leyes sociales, tu nombre quedará infamado juntamente con el de tus padres, porque es el mismo.

» Ahora bien; hé aquí lo que yo quiero evitar; mi amistad, mi amor, te arrancan del abismo; tú puedes salvarte desapareciendo de tu casa antes de la funesta catástrofe; por medio de la adjunta

tarjeta que te incluyo, puedes penetrar á la presencia de una señora muy poderosa y muy noble que se complace en tender su generosa mano al infortunio, y que á tí te dará su proteccion cumplida, salvándote del precipicio á donde te conduce la ciega cuanto desenfrenada ambicion de tu madre. No lo dudes y no desestimes mi consejo: te amenaza la borrasca, yo te señalo el puerto que brilla en lontananza cual un faro luminoso; acógete á él y no temas; pero tú sola, ¿lo entiendes? Blanca la Estranjera solo recibe en su seno la virtud y la humildad; nunca la altanería y la soberbia.

» Antes de despedirme para siempre, quiero hacerte otra recomendacion muy esencial.

» Ildemaro, tambien por mi mediacion, ha recibido muchos favores de la misma señora á cuya bondad te recomiendo; ha recobrado la salud, ha conquistado una posicion brillante, y cree que todo te lo debe á tí; déjale que permanezca en ese error; hazlo, te lo ruego, en obsequio mio.

» Otra mas; si me amas, si conservas algun recuerdo de mi amistad, no reveles jamás á tu familia las relaciones que nos han unido, aunque me veas acusada por ellos de cualquier superchería extravagante. Te lo suplico y espero que así lo harás.

» Adios, pobre ángel mio; no llores, ni temas á las borrascas del mundo, mientras la pura inocencia refleje sobre tu frente su auréola celestial.

» Y vive persuadida del invariable cariño de tu leal amiga,
Blanca.

» P. D. Tambien te envió mi retrato.—Adios.»

La otra carta estaba concebida en estos términos:

«Señorita: Cuando, agobiado por el peso de una inconcebible fatalidad, me hallaba en cama luchando entre la vida y la muerte, y mientras toda mi familia perecian abrumados por una miseria desgarradora y cruel, un ángel lleno de pureza y evangélica caridad se presentó en nuestra mísera buhardilla, ofreciéndonos con generosa mano la salud, la tranquilidad y la fortuna. ¡Ese ángel era V.! ¡gracias! ¡mil gracias, señorita!....»

» ¡Oh! sería ingrato si, apenas repuesto de mi enfermedad y pudiendo manejar la pluma, no la emplease en escribir á V., manifestándola la profunda gratitud de mi alma y el eterno reconocimiento que siempre guardaré de sus bondades. Si en alguna ocasion necesita V. un brazo que la defienda, un corazon que la ame, ó un hermano sensible en cuyo seno depositar las penas de su alma, acuérdesse del que se consagra enteramente á su servicio y

SS. PP. BB.

Ildemaro Guanter.»

Sobre el velador estaban las dos cartas, la tarjeta que habia de permitir á Tránsito la entrada en el palacio de Blanca la Estranjera y el retrato de ésta; pero con su color moreno y sus cabellos negros, en la actitud que tanto se parecia á su difunta madre.

La profunda meditacion en que Tránsito estaba sumergida, versaba sobre dos puntos; hé aquí lo que pensaba:

¿Quién era aquella jóven que habia conocido como oficiala de modista? ¿Y quién era aquel Ildemaro que llevaba el apellido de su madre?

Nuestros lectores recordarán, que la marquesa se llamaba Cristina Guanter; esto, pues, era lo que mas preocupaba á la jóven.

—¡Oh! ¡Dios mio!.... murmuró casi en alta voz, no creyendo que Blanca la escuchaba. Esa muger no es lo que parece; sus altas influencias, su altivo ademan, sus misterios, todo revela en ella un origen mas alto del que se la supone. ¿Y cómo habrá sabido ese horrible crimen que atribuye á mis padres? Quizá sean calumnias esparcidas por infamarnos. ¡Oh! yo no lo puedo creer, ¡mi corazon se resiste á suponer en los autores de mis dias tamaña iniquidad!.... Y se ha marchado, acaso de Europa, sin decirme adios; ¡no sabe cuánto la queria!....

—Aquí me tienes; venga el último adios y el último beso; exclamó Blanca presentándose.

Tránsito se arrojó á sus brazos llorando.

—¡Amiga mia!.... ¡mi querida Blanca! repitió trémula de emocion; pensaba en tí y en esa carta....

—¿Dudando de mis palabras? ¿no es verdad?....

—¡Ah! permite que dude; es tan duro creer lo que nos hace daño..... lo que llega á lastimar tan profundamente el honor de una familia!....

—El que posee un corazon bueno y generoso no se acostumbra á la idea del mal; y sin embargo existe, para tormento de la humanidad; y por desgracia tuya, existe arraigado en las entrañas de tus padres.....

Tránsito lloraba.

—No llores, continuó Blanca estrechándola en sus brazos; tú no eres culpable.....

—Pero lo son ellos, y lloro por sus faltas.

—Eso sí, en grado superior; mis palabras llevan el sello indeleble de la verdad; nunca, sin tener una prueba evidentísima, me hubiera atrevido á destrozar tu corazon dándote una falsa noticia. Créeme, no soy el eco de la calumnia, soy la sombra vengadora de una víctima infeliz!....

—¡Ah! yo lo sospechaba..... ¿quién eres tú? ¿quién? exclamó con arrebató Tránsito contemplando llena de admiracion á la hermosa jóven, que se habia revestido de una magestad suprema.

—No me lo preguntes; será en vano; para tí siempre seré tu amiga Blanca, y nada mas.

—¡Ay! me has hecho mucho daño, mucho, ¡y con todo, te amo!

—El mal era inevitable; y no soy yo quien descarga el golpe sobre tu frente; es la Providencia, encargada de perseguir al culpable y de vengar al inocente.

—Y dime..... ¿quién es Ildemaro? tú, que todo lo sabes, sácame de una duda: ¿por qué lleva el apellido de mi madre?

Y Tránsito cogió la carta del pintor.

—¿Qué dices?... exclamó Blanca arrebatándosela; ¿tu madre se llama Guanter?

—Sí, Cristina Guanter.

—¿Y dónde ha nacido? ¿sabes?

—En Búrgos.

—¿Y tiene padres?

—Lo ignoro; jamás habla de su familia.

Blanca se quedó pensativa; multitud de recuerdos se reunieron en su mente. Se dijo para su interior:

—El viejo Adalberto al contarme la historia de su desventura, me contó que su hija mayor llamada Cristina se había escapado de Búrgos con un amante.... despues su muger entró diciendo que había creído reconocerla en una opulenta señora que montaba en un coche á la puerta de este palacio.... ¡oh! no hay duda, es ella.... El apellido de Ildemaro es el mismo de Adalberto y de Cristina. Ahora me falta descubrir quién son los padres de este pobre jóven.

Tránsito miraba á Blanca sin atreverse á interrumpirla en su meditacion; por fin ésta levantó la cabeza y dijo á su amiga:—

—A la pregunta que me haces voy á contestar revelándote un secreto.

—¿De mi madre?

—Sí, y de su familia, pero prométeme no revelarlo á nadie.

—Te lo prometo, y te aseguro que seguiré fielmente tus indicaciones, porque me inspiras al mismo tiempo que cariño, un respeto y admiracion indecibles y no puedo menos de considerarte como á una persona muy superior, obedeciéndote en todo cuanto me ordenes.

—Escucha: tu madre se escapó de Búrgos con un amante cuando contaba quince años; vino á Madrid, y se casó no sé cómo con tu padre. Su ambicion la hizo desear el marquesado que poseen, y quitando de enmedio al marqués y á su hija, le poseyeron. Ahora bien: no está aquí el caso, sino que Cristina Guanter, al abandonar el techo paterno, arrojó la infamia de que se cubria sobre la frente de sus ancianos padres y de su inocente hermana. Estos no pudieron continuar en aquella ciudad; estaban avergonzados. Y se vinieron á Madrid, donde su hija segunda, Rita, se casó con don Geroncio Maravillas.

—¡Qué horror!.... ¿con D. Geroncio?.... exclamó Tránsito.

—Sí; con ese ente indigno y miserable que, no contento con haber robado á los padres de su muger toda su fortuna, tiene á ésta abandonada con cuatro hijos pequeños, los cuales hubieran

muerto de miseria si tú, mi querida Tránsito, no los hubieras so-
corrido.

—¿Qué dices?.... yo..... ¿luego los padres de Ildemaro.....

—Son tus abuelos.

—¡Dios mio! balbuceó la jóven cubriéndose la cara con las
manos.

—Y ahora tu madre, no contenta con robar á su hermana la
honra, le roba el amor de su marido.

—¡Qué horror!.... ¡Oh!.... ¡qué horror!....

Tránsito cayó desmayada, no pudiendo resistir tan espantosas re-
velaciones.

Blanca quiso socorrerla, pero sintió pasos en la pieza inmediata,
y cogiendo las cartas que estaban sobre el velador, se escondió de-
trás de una colgadura.

Eran sus doncellas que iban á desnudarla; viéndola en aquel
estado, empezaron á gritar, acudieron varios criados y el marqués,
único de la familia que se encontraba en la casa.

La prodigaron toda especie de auxilios, hasta que volvió en sí;
sus ojos estraviados, al fijarse en el marqués, se volvieron á cerrar;
¡ay! ¡era tan doloroso para su noble corazon encontrar sobre la
frente de su padre el negro borron de la infamia!.... A sus aten-
ciones y cuidados contestó:

—¡Gracias, padre mio!.... ya estoy bien.

—¿Pero qué ha sido?

—Quizá un poco de debilidad, Retiraos; y vosotros tambien,
dijo á los criados y las doncellas.

El padre y la hija quedaron solos.

Blanca seguia detrás de la colgadura, y para marcharse, tenia
que atravesar la estancia.

El marqués se sentó en una butaca. Tránsito le dijo:

—Y V. ¿cómo se encuentra de su indisposicion?

—Un poco mejor; sin embargo, tiemblo todavia ante la idea de
volver á encontrarme con aquella imponente figura.....

—¿Con cuál?....

—¿Que no recuerdas la noche del baile?....

—No, señor, dijo Tránsito mirando hacia la colgadura, que Blanca separó, adelantándose y quedando descubierta.

Puso un dedo en sus labios recomendándola el silencio, luego dió unos cuantos pasos, y mirando al marqués con una fijeza aterradorá, puso el retrato que habia cogido con las cartas sobre el velador, y se fué retirando con magestad, haciendo á Tránsito un signo de despedida.

Don Alvaro, frio, rígido y sin poder articular palabra, se quedó mirándola hasta que desapareció por la puerta del salon; en aquel momento se presentó la marquesa en la del gabinete.

El marqués, recobrando el uso de la voz, gritó medio ahogado por el terror y el asombro:

—¡Ella!.... ¡ahí la tienes! ¡á tu cuarto vá!....

—¡Quién!.... gritó Cristina Guanter.

—Ella; la sombra; ¡la difunta marquesa!....

—¡Otra vez deliras!....

—Mira una prueba, aquí ha dejado su retrato.

—¡Y es verdad!.... murmuró la marquesa aterrada.

—¡Oh! dádmele; me le ha dado á mí, dijo Tránsito recobrándose de su estupor para apoderarse de la pintura.

—¡A tí!.... ¿tú la conoces?.... dijo su madre.

—Yo no; nunca la he visto; ¿quién es?....

—Es la condesa de Paraná, que falleció hace veinte años.

—¡Dios mio! gritó la jóven aterrada.

—Ya no hay ningun género de duda: es ella, dijo D. Alvaro; compara su retrato con ese y los encontrarás iguales.

—¡Oh! ¡voy á verlo ahora mismo!.... ¡esto es un sueño! dijo Tránsito levantándose.

—No vayas; el retrato está en la buhardilla.

Blanca, presentándose de nuevo en la puerta del gabinete, exclamó con voz sonora y argentina:

—El retrato de la condesa de Paraná está en el sitio que le corresponde, y ¡ay de tí si vuelves á dictar órdenes semejantes en mengua de la noble dama á quien has usurpado su título!.... La maldicion de Dios caerá sobre tu cabeza como ha caido la del marqués

á quien asesinasteis, y la de tus ancianos padres, que abandonaste en Búrgos por seguir á un amante, cubriéndolos de oprobio y de vergüenza.

Aquella espantosa revelacion dejó á Cristina aterrada, abortó á su marido y trémula de admiracion á la pobre Tránsito. Ninguno tuvo accion para moverse del sitio en que estaban, ni para replicar una palabra.

Blanca desapareció, y deshecha la fascinacion que en las tres personas imprimia su presencia, se miraron unos á otros. La marquesa, mas resuelta que su marido, se levantó con ánimo de seguirla.

—¡Oh! no vaya V., madre mia...., dijo Tránsito deteniéndola.

—Quiero ver si efectivamente está el retrato en la galeria.

—Entonces la acompañaré; vamos.

—Yo no me quedo solo, dijo el marqués.

—Ven con nosotras.

En el salon y precisamente junto á la puerta por donde habia desaparecido Blanca, estaba Martinica leyendo con mucha tranquilidad.

—¿Has visto salir ahora mismo á una señora? la preguntó la marquesa.

—¿Por dónde? contestó la doncella con impasibilidad.

—Por esta puerta.

—No, señora; hace mas de una hora que estoy aquí y no he visto á nadie.

—¡Es particular!.... exclamó la marquesa luchando todavia con la duda de si sería una aparicion.

—¡Oh! no es fácil que nadie la vea, dijo el marqués casi convencido de que lo era.

Tránsito empezó á creerse víctima de un sueño.

Bajaron á la galeria de los retratos, preguntando al paso á todos los criados si la habian visto, obteniendo de todos la misma absoluta negativa.

El retrato estaba colocado en su sitio y tenia un papel entre el marco y el lienzo con estas palabras manuscritas:

«¡Ay de quien me ofenda!»

La tempestad, que habia estado amenazando toda la noche, estalló en aquel momento; una ráfaga de aire apagó la bujía que Tránsito llevaba en la mano, y á la luz de un relámpago aun pudo verse la blanca vestidura de la noble hija de la condesa de Paraná, que desaparecia entre los árboles del jardin.

CAPITULO VI.



Doña Irene.



VOLVAMOS, amigo lector, á la taberna de Juan Cortante, donde dejamos á los hijos de Marciana con el administrador de Blanca, Diminuto y Tragabombas, que con la mayor impasibilidad se puso á contar las doscientas onzas.

—Corriente, están cabales, dijo metiéndolas en el bolsillo y guardádoselas en el suyo. Ahora pregúntenme Vds.

—¿Hace mucho tiempo que conoces á D. Severo?

—Sí, señor; desde una época bien fatal para España y para muchas familias.

—¿Acaso el año 34?... interrogó Federico.

—Justo; el memorable día 17 de Julio.

—¿Y cuándo se encargó V. de la niña Renata? le preguntó Andrés.

—Precisamente la noche de aquel mismo día.

—Bien, explíquenos V. cómo; es lo que deseamos saber.